

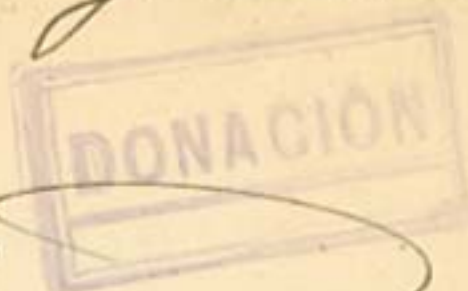


CONSEJOS A LAS FUTURAS MAESTRAS

Donación
21097

CLOTILDE GUILLEN DE REZZANO

Directora de la Escuela Normal N° 5 de Buenos Aires



— *Buenos Aires*

CONSEJOS A LAS FUTURAS MAESTRAS

*Donación
62*

120X144



BUENOS AIRES

IMPRENTA Y CASA EDITORA « CONI »

684, CALLE PERÚ, 684

—
1921

CONSEJOS A LAS FUTURAS MAESTRAS

Señoritas maestras (1):

Acababan de salir. Las últimas voces se extinguían en el bullicio callejero de mediodía, y una que otra rezagada, antes de abrir la puerta, recorría con mirada circular las paredes familiares que evocaban tantas páginas de la vida escolar.

El silencio, entonces, con gestos furtivos, fué apoderándose de los largos corredores, penetró en las aulas, subió por las amplias escaleras, relleno las rendijas, se acurrucó en los rincones. Todo quedó en ese silencio que enfría y hace enmudecer, y cuando hubieron sido vencidas hasta las últimas resistencias del sonido, la tristeza, con paso seguro y

(1) Discurso pronunciado en la graduación de las maestras normales egresadas en 1921.

ademán preciso, ubicó a sus huestes en el terreno que le conquistara su compañero, el silencio.

Y en el reino de la tristeza, lentamente, uno a uno, surgieron los recuerdos, que en desfile silencioso fueron recorriendo los sitios familiares. Aquí se reunían todas las mañanas; por esta escalera subían; en aquellas aulas; cuántas horas pasaron! y el sol de los patios, ¡de cuántas travesuras fué discretísimo testigo!

El desfile tomó de repente tintes sombríos; eran flores blancas, salpicadas de orquídeas, cuyos pétalos caían sobre almas de niñas que se fueron muy lejos, de donde no se vuelve más. Fué luego la visión del esfuerzo diario contra todas las miserias de la vida, fueron tristezas, pesares... y el desfile silencioso de los recuerdos recorría los largos corredores, ascendía por las amplias escaleras.

Pero el sol en acecho, jugando al escondite, salpicaba de oro y pedrerías a las niñas y a las flores del recuerdo, y los tonos suavemente grises fueron irizándose y tomaron finalmente los esplendores fulguran-

tes de un albor de primavera, y el desfile, en ronda de ensueño, cantó lo que canta la juventud que vence las tristezas del invierno; el triunfo de la ilusión de ser, de querer y de poder; tríptico alucinante ante el que se quiebran los esfuerzos de la razón que blanquea. Cantó himnos de alegría, las glorias del pasado, la grandeza del porvenir, y los cantos y los rayos de sol uniendo sus esfuerzos, con cascadas de risas, con diluvio de colores, ahuyentaron a la tristeza y encabezando el cortejo triunfal, con banderas desplegadas, formadas con los colores del cielo, instalaron al recuerdo con su corte radiante de amores en el silencio ahora tibio y perfumado de la vieja escuela.

Queridas niñas: Eso es lo que dejáis tras de vosotras, silencio tibio y perfumado por los recuerdos de vuestra vida estudiantil. Perdemos con el tiempo vuestros nombres, vuestros rostros se esfuman, pero todas vosotras, año tras año, vais dejando la estela luminosa de vuestras ilusiones, de vuestras alegrías y encantos juveniles. Y la casa que envejece día a día, y los maestros que año

tras año sienten que la vida pesa más y dura menos, evocan a los recuerdos, creyendo prolongar el porvenir.

Llevais de nosotros lo mejor que pudimos daros; la idea inicial y fecunda de hacer surgir del fondo del ser humano el principio de toda dicha. Amad y seréis amadas. Odiad y seréis odiadas.

La perfección no es humana. No exijáis, pues, lo que no podéis ofrecer, y encontrad siempre excesivo lo que la generosidad de los otros os brindare.

Sed justas, orgánicamente justas; reconoced en los demás, no solamente las acciones, sino hasta las intenciones buenas, pues el valor ético reside en la idea, realizada o inhibida.

Y al ser maestras, sed madres, pero teniendo presente que ser madre no es únicamente tener hijos. La maternidad es amor, es piedad, es sacrificio. Ser madre es empezar a morir. Es tener el rostro lleno de sonrisas cuando el corazón sangra dolores; los labios pletóricos de cariños cuando la ingratitud de los hijos hiela la sangre en las venas.

Al ser maestras, acordáos que la vida es trágica; se anuncia con el llanto y finaliza con un estertor. Pero la tragedia se inmortaliza cuando los protagonistas, luchando contra el mal, pugnan por la gracia del amor que vence, domina, ennoblece y acerca al amor de los amores que creó la inmensidad. Dad, por lo tanto, a vuestros alumnos lo mejor de vuestros corazones, y a los desheredados, a los huérfanos cuyos ojos no se cierran noche a noche, bajo el beso de la madre, dadles sin tasa el corazón entero. Y cuando tengáis que hacer caridades, acordáos que la mejor ofrenda para el humilde será siempre el regio obsequio de la igualdad democráticamente humanitaria.

La igualdad, unida al amor, convertirá entonces, paulatinamente, a la jauría humana, trepidante de pasiones, en la gran familia universal, sin odios ni prejuicios; evolución a cuyo término sólo se llegará por jornadas laboriosas y cruentas todavía por el error humano.

Filosóficamente, pues, deberéis dirigir el perfeccionamiento ético de la humanidad;

y sociológicamente, favorecer la evolución social, a fin de que ella se opere cada vez con menor número de resistencias, precipitando el desenlace no por medio de sacrificios humanos, sino por el imperio de la razón, que resulta de la visión clara de todos los factores que cooperan al fenómeno.

Pero, al ser humanitarias, no olvidéis que el núcleo de la humanidad es el hogar, que la suma de los hogares forma pueblos, que la suma de pueblos, naciones, y que no habrá humanidad fuerte, mientras los hogares, los pueblos y las naciones no hayan orientado su existencia con los mandatos racionales del amor y la justicia.

Y es por eso que al dirigir vuestros ensueños hacia un ideal digno y noble, no debéis olvidar que vuestros esfuerzos inmediatos han de tender a la consolidación integral de las bases de la sociedad presente y futura: *el hogar y la patria*.

Formad, pues, hombres y mujeres dignos y conscientes: primero de sus deberes y luego de sus derechos; enseñad a los primeros que la vida es trágica, pero que se inmortaliza con

el amor; a las segundas, que la maternidad es dolor, pero que se ennoblece con el sacrificio; y a unos y otros dadles el antídoto genial, la capacidad para el ensueño, y podrán decir con el poeta :

¿ Yo en palacios suntuosos ?
¿ Yo entre telas y brocados ?
¿ Yo cercado de criados
Tan lucidos y briosos ?
¿ Yo despertar de dormir
En lecho tan excelente ?
¿ Yo en medio de tanta gente
Que me sirve de vestir ?
Decir que es sueño, es engaño,
Bien sé que despierto estoy

y creyéndose despiertos, siga la farándula del sueño, dando a la ilusión de la vida, la ilusión de ser feliz.

Y a esos hombres y mujeres enseñadles que la tierra en que han nacido es la más hermosa de las tierras.

¡ Tierra bendita por los hados, que conoce la dignidad de uncir los bueyes al arado que remueve los rastros para echar en la tierra que humea la simiente de generosas cosechas !

¡Tierra que conoce la nobleza del pastor que cuida la majada mientras, echado sobre el verde pastizal, cuenta hilos de oro en manantiales de plata!

¡Tierra que canta las hazañas de sus héroes con cerebros de una raza que se alza gallarda y generosa, ofreciendo su diestra bien abierta a los hombres de todas las naciones que quieran habitar el suelo argentino, y en la paz y el respeto de las instituciones reparar injusticias del pasado con los aciertos de un presente seguro, de un porvenir fastuoso apoyados en la máquina y el trabajo productor!

Penetradas, pues, de las responsabilidades que han de pesar sobre vosotras en el ejercicio de la profesión del magisterio, si os creéis con el cerebro preparado, el corazón repleto de amor y la voluntad lista para mandar, vais a empezar por obedecer, primer paso del que quiere ser respetado, prestando bajo el imperio de vuestras libres conciencias el juramento profesional.

« *Por la bandera de la patria:*

« ¡Prometéis conservar para la niñez ar-

gentina la dignidad y la entereza de carácter; guardar y venerar el tesoro de la historia patria, su tradición gloriosa, sus símbolos benditos, su espíritu democrático y humanitario; cuidar que nadie sea osado profanar, ni aun con el pensamiento, los fueros de la nacionalidad?

« ¿Prometéis amar a vuestros educandos, guiarlos por la senda de la virtud, enseñarles la verdad y la justicia, orientarlos en la vida del trabajo, de la libertad y del orden; servir al país y a sus instituciones, prescindiendo de todo interés personal, con honor, con lealtad, con abnegación, con valor y constituiros en ejemplo viviente de vuestros discípulos?

« Si así lo hiciéreis, que la sombra de vuestros mayores y esta bandera os protejan, y si no que los niños confiados a vuestros cuidados os lo demanden (1). »

(1) Fórmula establecida por el Ministro de instrucción pública, doctor José S. Salinas, para prestar el juramento profesional.

Señoritas maestras (1) :

Habéis oído hablar de esas místicas mujeres a quienes un fervor divino lleva, con ropas de esponsales, a inclinarse ante el Cristo de dolor, inmolando todas las ilusiones, todas las ansias femeninas, todos los orgullos humanos. Una divina vocación las guía; padres, madres, hermanos, se pierden en el amor a la humanidad, y bajo tocas blanquísimas, bajo burdos sayales que evocan seculares sacrificios, se confunden en la larga caravana que penetra en la sala del hospital, en el tugurio del miserable; se detienen junto al herido, al doliente; junto a la madre sin niño, junto al niño sin madre, junto a todas las almas que gimen, a las que consuelan con la presencia de los iniciados, y son madres del

(1) Discurso pronunciado en la graduación de las maestras normales egresadas en 1920.

huérfano, esposas místicas de los moribundos cuyos últimos suspiros revolotean bajo las blancas tocas antes de perderse en la inmensidad.

No toméis las tocas blancas. No vistáis los burdos sayales; pero, haced vuestros el espíritu, la vocación, la dulzura, la renunciación de esas tiernas hermanas. Tomad su alto concepto de caridad, de altruísmo; concepto que, nacido en la miseria humana, forjado en los dolores, ha transformado a los habitantes de las cavernas trogloditas en la comunidad soñadora e idealista que marcha a la vanguardia del siglo y que lleva en la frente el sello que hace del hombre un dios errante por los valles y collados de la tierra.

Y al recibir en vuestras manos, al primor de los primores, al ser encantador que justifica y hace deseable la vida, el niño, hacédlo con respeto, con unción; contempladlo largamente antes de iniciar vuestra misión de amor; descubrid sus secretos, que los tiene a puñados en sus manecitas de rosa, en sus oyuelos, en su risa infantil, en su almita toda que sólo pide besos, caricias, más besos

y más caricias. Y éstas no se las mezquinéis; juntad montones y volcadlas en lluvia infinita con repiques de alegría, con redobles de ternura, con dianas de ofrendas maternas, sin distinción de rostros, a los tristes y a los alegres, a los limpios y a los sucios, a los huraños, a los maltrechos, a los desamparados, dadles a todos, y más aún si menos tienen, que cuanto más soledad tengan en el alma, tanto más hambrientos estarán de vuestros besos.

Y todos son buenos. No hay niños malos; sólo existen niños que no saben, y el no saber es su delito; delito infantil que puede convertirse por negligencia social en el crimen nefando del hombre. Impedidlo con todas vuestras fuerzas; volcad en el recipiente divino que trae de manos del Creador las gemas preciosas de la experiencia de innúmeros siglos; con dedos parcimoniosos separad el metal noble del producto de la alquimia; destilad los líquidos preciosos gota a gota, apartando con implacable gesto los néctares artificiosos que entorpecen las fuentes vivas del vivir; sed orfebres medievales, cread la joya

imperecedera, divinamente hermosa, buena y humana.

Y en este proemio de amor, con la consagración de la hermana mística, con la preparación que la sociedad os exige y demanda, iniciad la obra meditada, estableced los antecedentes, las premisas; sacad las conclusiones; proponeos una finalidad, objetivadla luego, dadle cuerpo y alma; no perdáis de vista los valores absolutos y, paralelamente, las mutaciones que esos valores, aun dentro de lo absoluto, tienden a sufrir. Trazadas las líneas generales, emprended la marcha sin reticencias, sin vacilaciones, sin desesperanzas, pues el niño es fundamentalmente bueno y os seguirá ciegamente si vosotras sois orgánicamente sinceras. Asumid un carácter de contornos definidos, sed *algo* en el concierto humano, y *alguien* en vuestra vida. No os dejéis ganar por la prédica, por la propaganda de mujeres inconclusas, por teorías surgidas de cerebros con trastrueques de funciones cerebrales.

Y cuando creáis haber esbozado, iniciado vuestro día, enseñando al niño cómo se llega

a ser hombre, completad la tarea con su faz gloriosa. Inspiraos en el ensueño, en la visión; entornad los ojos del alma; dejad a vuestro espíritu vagar de un confín al otro de nuestra radiosa República — doncella prestigiosa de linaje de hidalgos, de estirpe guerrera, de gracias múltiples, con juventud opulenta que lleva en sus flancos cien y mil magnificencias; de prodigalidad dispendiosa y displicente, — República gloriosa, fastuosa, opulenta, de infancia quimérica, que se formó retozando en océanos de pampas; que midió los desiertos con el casco de indomados potros, que se bañó en cascadas ciclópeas que ofrendan al cielo, en gigantesco incensario, la bruma de aguas que se precipitan y trituran en lechos inmedibles; que aprendió las severas austeridades al través de los desiertos sin oasis, de las arenas que resquebrajan; cuyos puños se hicieron al abrirse camino entre la maleza que trae los últimos lamentos del zonda que silba, del pampero que ruge; que con temple de acero, buscó con ansias glotonas, viejos elzevirianos, mamotretos carcomidos, se encerró en derruídas

bibliotecas austeras como románicas catedrales, y entró en el alma de todas las almas que fueron.

Juventud gloriosa que hoy, en inspiraciones de conciencia que se afianza, necesita intensificar sus expresiones de vida y tiene gestos altaneros, desconcertantes, que irritan a las razas seculares que tiemblan por el mayorazgo milenario de sus hijos que creyeron eternos primogénitos y que han de pasar inexorablemente, por la fuerza avasalladora de las auroras, a segundones. República hermosa, proteica patria que tiene al Aconcagua como asta de bandera, al cielo y a las nubes como fajas incommovibles, tejidas por titanes a la sombra de valles en que palpitan hálitos de dioses que recuerdan prehistóricas edades de gigantes.

Mis queridas niñas: Con esa patria, grande y gloriosa, vais a contraer indisolubles lazos; vais a celebrar un consorcio de honor que si fuere quebrado os haría renegadas; compromiso de lealtad que, si fuere olvidado, os haría perjuras; juramento de obediencia que,

si fuera falseado, os haría acreedoras al repudio social.

Recoged el alma. Contestad con la frente alta, con la sinceridad de los grandes momentos en que el alma a solas con Dios se confiesa (1).

(1) A continuación, previa lectura de la fórmula transcrita en la página 12-13, las maestras normales prestaron el juramento profesional.

Señoritas maestras (1):

Debo en este acto entregaros vuestro título profesional. Es un simple papel; algunos nombres caligráficamente trazados interrumpen su blancura; algunas firmas y sellos le dan legalidad.

Como véis, no es nada; pero poned junto a él, las noches de insomnio y los días grises de desaliento, las dificultades vencidas, el trabajo realizado y este papel cobrará un valor no sospechado; comenzará a ser un símbolo para convertirse más tarde en una reliquia. Unidle vuestros entusiasmos e ilusiones, vuestro anecdotario escolar y hasta vuestras irreverencias burlonas de las cuales fuimos víctimas inocentes y abnegadas, y este sím-

(1) Discurso pronunciado en la graduación de las maestras normales egresadas en 1919.

bolo se idealiza aún más; contiene remembranzas, posee fuerza de evocación y sugestión. Todo esto y mucho más es para vosotras; para el mundo en que entráis, sólo es una constancia de que fuisteis buenas e inteligentes alumnas.

Fuisteis, en efecto, buenas alumnas, sed ahora maestras ejemplares. Preved, condicionad los acontecimientos, penetrad la razón íntima de las cosas. Vivid con todo vuestro ser y palpitad al unísono de los demás. Para conocer la esencia perceptible de las cosas, tendréis que sufrir con el que sufre, llorar las penas del doliente. Los problemas sociales modernos deberán atraer vuestra atención y deberéis absteneros de admitir, como consagradas, teorías que pugnan por ser admitidas. Vuestra intuición femenina, vuestra sensibilidad aguzada, encontrarán fórmulas prácticas de altruísmo y de previsión.

Para alcanzar estos fines tendréis que apartaros de la mediocridad estéril e infecunda, y escoger un núcleo social, no en la muchedumbre ciega que camina jadeante, guiada

por instintos primitivos, sino en el grupo de los seres de elección, de ética y estética elevadas, centinelas avanzados de la progresión social. Y si llegáis a concebir algo grande, práctico y proficuo, no os detengáis por fútiles prejuicios, por frases rutinarias, surgidas de la mediocridad profesional; sed fuertes, animosas; sed lo que queréis ser.

Al realizar vuestra vida de acuerdo con las direcciones propias de vuestra personalidad, tened la elegancia del gesto, la sobriedad del esfuerzo; contribuid a la estética del trabajo con gracia gentil, transformándolo en ejercicio rítmico; tened en los momentos más arduos, el gesto sutil, fino, culto; la intensidad en el alma, y en la fibra muscular la gracil ligereza.

Contribuid con toda vuestra inteligencia al renacimiento de la vida sencilla, modesta; recordad la eterna juventud de los versos horacianos :

A quien modesta medianía estima
Sórdido techo no atormenta nunca
Ni codiciosa la ambición le tienta
De regio alcázar.

Con más frecuencia el huracán sacude
Al pino erguido, las excelsas torres
Más pronto se hunden, y los rayos hieren
Los altos montes.

La vida moderna, trepidante, dislocada, llena de ansias, ha hecho difícil el ideal que en la frase del poeta se sintetiza en huir del mundanal ruido. Nadie es dueño de sí mismo; nadie se pertenece y esclavos de un tirano sin cabeza, perdemos toda originalidad, toda personalidad. Para evitarlo, acostumbraos y acostumbrad a vuestros alumnos a la meditación, a la reflexión, a la vida interior que prepara al perfeccionamiento moral. Modelad, cincelad la estatua viva con paciencias múltiples; y al boceto animado que preludia el porvenir, hecho de fuerza, de verdad, de lealtad, murmuradle la gloria de nuestras leyendas, mostradle visiones de bosques en que las frondas de los árboles susurran epopeyas; de selvas, que guardan el perfume de almas que fueron; de picachos que, enigmáticos, recelan trozos del folklore nacional.

Acostumbradle a oír las historias que cuentan en noches de plata, las aguas de nuestros

ríos; hermoseed con la poesía de vuestro verbo las hazañas de los *pionner* castellanos; con el lirismo de vuestro acento, la epopeya que encierran los nombres caros a nuestra gratitud. Contadle que no hay tierra más hermosa que la que pisan; tierra de sol, de mieses doradas, de vides bermejas, de frutos jugosos, de pastos que se encrespan y ondulan como mares. Cread, fomentad ideales y ensueños, que la felicidad es la que soñamos y no la que nos quieren dar. Llenad los cerebros de luz, de claridad, de amor, de piedad, y habréis hecho más por la humanidad que lo que hicieron los grandes vencedores que legaron a la humanidad el calendario rojo secular.

Id pues, mis queridas niñas. Id y enseñad a contar, para que vuestros alumnos sepan dar todo lo que les sobre y algo más; enseñad gramática, para que sean pródigos en vocablos de consuelo y de perdón; enseñad historia y geografía, para que sepan la grandeza que encierra el nombre de argentino, nombre que nunca llevó el rubor de la vergüenza a frente alguna y que de un polo a otro resuena como símbolo de unión y lealtad.

Y después de haber creado llenas de emoción y altura, idos modestas, tranquilas, silenciosas a la paz de vuestros hogares, buscando en ellos el premio de vuestros afanes; que no es la gloria que resuena lo que lleva lenitivo al alma sino la posesión de los íntimos cariños, el beso de los hijos que suspenden en sus labios el alma, la vida monótona y apacible que cierra nuestros ojos con el beso de la absolución.

Señoritas maestras (1):

Un año más y un nuevo grupo se incorpora a la falange.

El tan anhelado día ha llegado y junto con las esperanzas satisfechas, aparece el apesadumbrado séquito de las separaciones, de los alejamientos, de los lazos que se rompen, y, en un no lejano horizonte, el vago temor de lo indefinido, el torturante misterio de un porvenir que tanto más calla cuanto más angustiosamente se le interroga.

En el entusiasmo, en la exaltación del momento, vivís aún del pasado; el porvenir que hoy empieza no es aún bastante vigoroso para imponeros la totalidad de su presencia. Con gentiles mohines lo empujáis hacia atrás pero, por más que hagáis, por más que con

(1) Discurso pronunciado en la graduación de las maestras normales egresadas en 1913.

gentiles alborozos, con gestos juveniles, tratéis de asiros al pasado, el porvenir se inicia, se impone, y al imponerse se hace dueño de vosotras y aunque mis palabras sean tal vez severas, quiero que en este instante, en que dos trozos de vuestras vidas se unen, mi sinceridad sea el esquema del examen de conciencia que infaliblemente haréis en los instantes críticos del que deseo para vosotras de todo corazón, largo y brillante porvenir.

¿Cuáles serán los escollos que habréis de salvar, los peligros que os acecharán en cada encrucijada? No los habrá más grandes que el de la anulación de vuestra personalidad naciente. En efecto, para que el individuo intensifique su ser, necesita tranquilidad económica y moral, resultantes ambas de una metodización consciente de la vida. Ahora bien, el defecto grave de nuestra raza, la tara que merma los beneficios de cada generación que surge, es justamente la falta de esa regularidad, o finalidad unilateral, que da a pueblos más viejos que nosotros la seguridad y fijeza de un tipo al mismo tiempo que regional, moral e intelectual. Se ha pretendido

que esa falta de método y de unidad resultaba justamente de una excesiva individualidad que hace de cada sujeto un *leader* del egoísmo que lucha y se impone. ¡ Ojalá fuera así ! pero las miradas desapasionadas de los que quieren curar, enmendar, corregir, más que disimular y engañar, revelan que no hay materia para tal afirmación. Nuestro medio ambiente abre flancos propicios a todos los ataques que aventureros audaces se atrevan a realizar. Falta aún a nuestra raza la cohesión, la armadura virtual que con casco y visera sobre la cabeza, coraza al pecho y lanza en puño, ponga en jaque a los audaces y temerarios.

Es esta la misión que os incumbe : es necesario que como las damas de épocas pretéritas, arméis al caballero andante ; es necesario que contribuyáis con vuestro modesto esfuerzo pero ; cuán valioso sumado a los demás ! a darle a vuestro paladín, la raza argentina, el casco y la visera, dejándole vistas sobre el horizonte de la humanidad ; es necesario que arméis a nuestra raza, de la coraza legendaria, forjada con el acero de las

entrañas de nuestro suelo, en la paz y concordia de los habitantes de esta tierra grandilocuente que, murmurando endechas amorosas, encuentra acentos que fijan a su pecho la vida de todos los seres que a ella se acercan. Es necesario en fin, que al darle la lanza, no fraticida sino centinela de respeto, seáis capaces de encender en el corazón del caballero armado, el férvido, cándido y honesto juramento de « por mi patria y por su honor ».

Pero todo ello lo malograréis, si, indiferentes o con negligencia culpable, dejáis esfumarse los contornos de vuestra individualidad. Sed alguien, posesionaos de vuestro yo, dentro de la más perfecta obediencia y disciplina; tened un corazón propio, un cerebro sin tutela; sed alguien. Obedeced a vuestros directores, acatad los reglamentos, las órdenes y los decretos; pero hacedlo con vuestra alma, con vuestra inteligencia; no seáis ruedas de una máquina, ni aun la máquina misma; que la máquina no se perfecciona a sí misma! sed siempre el puño templado y el ojo certero que regula la función de aquélla. Y,

para ser puños, creedme, sed ante todo, os repito, obedientes, que en vuestra obediencia estará el germen de la más elevada libertad. Sed muy severas con vosotras mismas y un poco menos con los demás. Sed sinceras y sobre todo, activas y diligentes. Llenadas estas condiciones, enpeñaos en ser voluntad dirigente, teniendo como contralor un cerebro en constante evolución. Y entonces, no solamente habréis alcanzado en vuestra vida una de las etapas que pocos franquean sino que empezaréis a ser modelos vivientes dignos de ser imitados.

Luchad mientras tengáis para ello, la capacidad orgánica; luchad para censeguir la fórmula que justifique vuestro existir; y cuando lo hayáis obtenido, levantad bien alto la cabeza y decid sin orgullo pero con el completo dominio de vuestra afirmación: « mi profesión, mi finalidad en la vida, es educar ».

Y, sobre todo, os pido que no os dejéis ganar por el *virus* que amenaza nuestro organismo profesional; no os dejéis ganar por el mal ejemplo que tantas veces habéis tenido y tendréis ante vuestros ojos; trabajad por

amor al niño y si no sentís el placer, el entusiasmo de la obra, el ardor que lanza al soldado a inmolar su vida, dejad el camino, apartaos, ganad la vida de otra manera, pero no seáis objeto de desprecio y de desdén convirtiendo un apostolado en un medio de tráfico económico. Acordaos que si algo está retardando el progreso de nuestras instituciones escolares es el *aventurerismo* pedagógico que hace que sin fe, sin capacidad profesional, ni condiciones morales e intelectuales penetren en las filas individuos que deprimen su personalidad por un sueldo que más que una retribución honesta es dádiva que la suerte generosa y ciega les depara; sed maestras como otros son soldados, marinos, hombres de ciencia o hermanas de caridad. Sed maestras como otros son mártires o héroes, sedlo por destino ineludible, de corazón, de tendencia.

Otro consejo y este es el último : no toméis este instante como etapa final, consideradlo por el contrario como el arranque de la ascensión a la montaña ; arduas y empinadas laderas tendréis que subir, muchos precipi-

cios os producirán el vértigo alucinante, nubes de tormenta os cerrarán la perspectiva de la cumbre; pero no os desaniméis, subid con paso seguro, calculad vuestras fuerzas, mirad el terreno que tenéis que pisar; no os precipitéis, que no es la copa del triunfo para los que aceleran la partida; mirad a veces hacia atrás para acostumbraros a medir las alturas consecutivas, a fin de que una mirada desde la cumbre, no os trastorne y haga perder el equilibrio. Tomad al partir, buenos guías, seguros, avezados, de pocas palabras y de actos precisos; no os fiéis de las intenciones, fijad el camino, determinad el puente que os hará cruzar el abismo. No os amedrentéis al empezar la ascensión si véis perderse entre las nubes las rocas que coronan la mole de granito, pues si objeto de lástima debe ser el que rehusa ascender la cuesta empinada por impotencia, objeto de desprecio ha de ser el que en la plenitud orgánica y psíquica no templa el acero de sus músculos en el esfuerzo y la lucha.

Salid de la casa convencidas de que casi no sabéis nada, y que desde hoy, con el título

que os confieren los años de entrenamiento intelectual, empiezan vuestros más sagrados compromisos. Estudiad para cumplirlos, sin tregua, estudiad en los libros de los hombres, pero sobre todo en el inmenso e improfundizable libro de Dios ! Penetrad en él con el alma pura de toda presunción, con el espíritu libre de prejuicios morales e intelectuales ; abrid los ojos y ved, prestad los oídos y escuchad, concentrad todo vuestro sér para llegar a comprender y admirar el portentoso enigma de la creación suprasensible ! No os dejéis ganar por los convencionalismos ; buscad siempre en el fondo de vuestro espíritu, vuestra opinión y tened el coraje de conformar con ella vuestros actos. Sed vosotras ; sed una fuerza, que al serla, el universo os reconocerá y tenderá sus brazos, estampando en vuestras frentes la insignia luminosa de los que marchan por el mundo dejando la estela rutilante que fulgura al infinito. No temáis la opinión de la masa anónima, ni aun de la opinión individual, cada vez que frente a frente con vuestra conciencia, tranquilas y seguras sepáis que habéis obrado de acuer-

do con vuestro yo. ¿Qué más deciros? Es tan vasto el programa y tan grande el contenido de vuestro sér...

Mis queridas niñas : estáis al pie de la montaña, paso a paso ascended por ella ; sed fuertes ; sed lo que sobre todas las cosas habéis de ser !

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

